

VICTORIANO HUERTA VISTO POR SU COMPADRE

Stanley R. Ross
University of New York, Long Island

EL DOCTOR AURELIANO URRUTIA es una de las figuras más discutidas de la historia de la Revolución Mexicana. Los revolucionarios lo atacan duramente, mientras los más conservadores lo defienden con igual energía. La explicación se basa, no solamente en el hecho de que Urrutia ocupó tres meses el difícil Ministerio de Gobernación durante la dictadura de Huerta, sino en haber sido su compadre. A la muerte de Huerta en Fort Bliss, Texas, en 1916, Urrutia quedó como el símbolo visible de ese régimen.

Aureliano Urrutia nació hace ochenta y dos años en Xochimilco. Estudió en la Escuela Nacional de Medicina. Se cuenta que en su afán de adiestrarse, hizo de la sala de operaciones su casa. En el anfiteatro del Hospital Militar practicó cientos de disecciones con ese mismo fin.

Mientras servía de médico en el 3er. batallón de Guerrero, Urrutia conoció a Victoriano Huerta. Una relación más estrecha, basada en el mutuo respeto, nació y alcanzó su clímax cuando Huerta lo llamó para servir en el gabinete. Durante la década final del régimen de Díaz, Urrutia fue, sin lugar a duda, el cirujano más prominente de México. Además de ser profesor en la Escuela Nacional de Medicina, tenía un elegante sanatorio particular en Coyoacán. Antes de la caída del gobierno revolucionario de Madero en febrero de 1913, estaba encargado de la Escuela Nacional de Medicina.¹

El 13 de junio de 1913, Victoriano Huerta lo nombró ministro de Gobernación en su segundo gabinete.² Este cambio representaba la segunda etapa del esfuerzo de Huerta, convenido con Félix Díaz, para romper el Pacto de la Ciudadela y terminar con las pretensiones políticas del feli-

cismo.³ En la reorganización de junio, el general Aureliano Blanquet fue designado ministro de Guerra en lugar del general Manuel Mondragón, a quien le fue encomendada una misión diplomática en Bélgica.

Los miembros del gabinete aprobaron los cambios, con la notable excepción de Jorge Vera Estañol que objetó el nombramiento de Urrutia. El ministro de Instrucción Pública pensaba que la delicada cartera de Gobernación necesitaba un político experimentado. Cuando Huerta persistió en su determinación de traer a Urrutia al gabinete, Vera Estañol renunció y fue sustituido por Manuel Garza Aldape.⁴

Aun cuando Urrutia ocupó ese cargo poco menos de tres meses, Querido Moheno lo considera como uno de los cuatro verdaderos consejeros de Estado entre los cuarenta y cinco ministros, que sirvieron en el gabinete de Huerta durante los dieciséis meses siguientes del llamado gabinete de la Ciudadela.⁵ La importancia de Urrutia nació no solamente del puesto clave que ocupó, sino también de sus relaciones estrechas con Huerta.

Los elementos revolucionarios de Coahuila, Sonora y Morelos, algunos partidarios del antiguo régimen, revolucionarios renovadores en las cámaras legislativas y la administración de Wilson en los Estados Unidos, se oponían al régimen de Huerta. La intolerancia de la censura, el temor a las conspiraciones y una sensación de inseguridad e inestabilidad, llevaron a Huerta a instituir un régimen de terror. El Ministerio de Gobernación, encargado de mantener el orden interno, fue considerado el principal instrumento de esa administración de fuerza y represión. Querido Moheno ha acusado a Urrutia de ser el que "inició el funesto régimen de la desaparición de personas".⁶

Estas acusaciones tienden a opacar las iniciativas de Urrutia para establecer el descanso dominical, mejorar la higiene de los mercados y regular el servicio de farmacias.⁷ Cuando una comisión de diputados reaccionarios fue a verlo con relación a la desaparición del diputado Pastelín, se dijo que Urrutia había expresado que "[el ejecutivo] pasará sobre la ley tratándose de medios para lograr la pacificación del país". En una declaración a la prensa, el ministro manifes-

tó: "Estoy dispuesto a pasar o a hacer a un lado la Ley, cuando del bien público se trate, en casos como el presente".⁸ En agosto, *El País* publicó la siguiente y última declaración de Urrutia: "Nosotros no venimos a resucitar momias, ni a levantar del suelo escombros de un viejo régimen para restaurar con materiales averiados un edificio caduco. No queremos ser un gobierno que se modele en el pasado. Queremos ser el gobierno del porvenir y aspiramos a que se cumplan los anhelos que dieron origen a la revolución".⁹

En septiembre una nueva crisis política desorganizó el gobierno de Huerta, y el doctor Urrutia salió del gabinete.¹⁰ Años más tarde, en 1938, Querido Moheno atribuyó la salida del cirujano al hecho de que el partido católico deseaba lanzar la candidatura de Urrutia a la presidencia. Urrutia negó esto, asegurando que ni Huerta ni él eran tan cándidos de creer en esas elecciones.¹¹

La salida de Urrutia provocó en la prensa capitalina comentarios sobre su actuación en el gabinete. *El Imparcial* hacía notar que Urrutia había estado muy cerca de Huerta y que se había identificado con él. "[Sus] actos han sido una estricta aplicación de la política [de Huerta]". Describiendo su tarea como "ardua e ingrata", el periódico del gobierno afirmaba que "El doctor Urrutia había entrado resueltamente a aquel laberinto [de rebelión y violencia] como se entra a un bosque impenetrable, 'abriéndose un sendero con el filo de una espada'". La frase "hay que matar al lobo" se usaba para describir la misión de Urrutia.

"Su punto de mira ha sido la disciplina y el orden, el trabajo y la honradez, y claro que el concepto de su gestión no podía ser más cabal en un momento en que el desorden y la indisciplina parecen haberse adueñado del organismo de esta pobre patria".¹²

El diario católico, *El País*, expresó un juicio más breve y menos favorable: "[Urrutia] fue leal a la persona del señor general Huerta, pero carecía de preparación política".¹³

El 20 de octubre de 1913, Urrutia tomó posesión de su cargo de director del Hospital General. Su única actividad política fue la de candidato a senador propietario. En mayo

de 1914, al agonizar, el gobierno de Huerta, Urrutia partió al destierro.¹⁴ Se estableció en San Antonio, Texas, donde ha vivido su forzado y más tarde voluntario destierro, dedicado a su familia y al ejercicio de su profesión.

En 1929 la administración de Portes Gil le dio seguridades para regresar a México. El rumor de su probable regreso, desató una polémica. Un periodista de *Revista de Revistas* publicó una entrevista con Urrutia en la que lo describía como un "hombre de grandes méritos y prominente figura" que está entre aquellos que "dan prestigio a México".¹⁵ Francisco Soto, del periódico oficial *El Nacional*, acusaba al cirujano de ser el responsable de los crímenes del huertismo y concluía que no se le debía permitir el regreso, excepto para ser juzgado.¹⁶

Aun cuando no hay duda que Urrutia pudo haberse acogido a la amnistía general proclamada por la administración de Cárdenas, prefirió permanecer en el destierro. En 1944, los hermanos del diputado Serapio Rendón acusaron de la muerte de éste a Urrutia y pidieron que se le ajusticiara. La polémica de hacía treinta años volvía a encenderse en la prensa mexicana.¹⁷

José Mancisidor escribió: "El nombre del doctor Aureliano Urrutia está ligado a una de las épocas más negras de nuestra historia. El nombre de Aureliano Urrutia está ligado al nombre de Victoriano Huerta, y el nombre de Victoriano Huerta está manchado con la sangre de cientos y millares de mexicanos".¹⁸ Un admirador del cirujano, José Reyes Estrada, negó "la intervención siniestra de Urrutia en los tenebrosos crímenes del huertismo".¹⁹

En 1947 Urrutia hizo una de sus raras declaraciones públicas. En una serie de reminiscencias publicadas por Oliverio Toro, Urrutia repite sus "revelaciones políticas", recordando detalles e incidentes de su participación en la administración de Huerta.²⁰ La refutación de los revolucionarios no se hizo esperar. José Mancisidor declaró que el que no conociera la historia de México, leyendo las memorias de Urrutia podría llegar a la conclusión de que Madero, más bien que Huerta, fue el culpable.²¹ Félix F. Palavicini publicó telegramas cambiados entre Urrutia, el gobernador de

Oaxaca y el jefe político de Juchitán relativos a la aprehensión y fusilamiento de Adolfo Gurrión y Rivera Cabrera, acusados de instigar la revolución de Tehuantepec.²² El periodista e historiador José C. Valadés apuntó que los papeles de Urrutia señalan su responsabilidad en los crímenes del huertismo.²³

El doctor Urrutia, en el prólogo a sus memorias, manifestó: "Vivo consagrado a mi profesión, ignorando los ataques que se hacen a la administración del general Huerta y a los hombres que formaron su gobierno. Acepto todas las responsabilidades que corresponden al gobierno del general Huerta del que fui parte integrante durante los meses de junio a septiembre de 1913. La historia y la Justicia Divina nos juzgarán a todos cada uno según sus obras. Si rompo mi silencio, no es para defenderme, sino para defender a la verdad".²⁴

En 1957 el doctor Urrutia escribió sus recuerdos para ayudar a la preparación de las memorias de Nemesio García Naranjo. Aun cuando estas páginas son sólo notas de una personalidad parcial, escritas muchos años después de los sucesos y a una edad avanzada, no son desdeñables. Hay inexactitudes, y el doctor Urrutia ha hecho notar que "han sido hechas [no] más que al correr de la pluma; al correr de mis enfermos; utilizando un momento para pintar más bien el relieve de las cosas y el claro oscuro de un paisaje, que la pristina claridad de la verdad".²⁵

I

EL AÑO DE 1896 regresé de Quintana Roo para disfrutar un mes de vacaciones por los servicios prestados durante la campaña de la frontera de Guatemala y de Yucatán.²⁶

Al presentarme al general Chacho, Jefe del Departamento del Cuerpo Médico, me dijo lo siguiente: "El general Alberto Escobar desea verlo a usted hoy en el círculo francés." Mientras el general llegaba, todas las conversaciones comentaban la noticia de que en el Estado de Guerrero la atmósfera olía a pólvora porque un general Canuto Neri, de gran prestigio en el sur, no estaba en armonía con el gobierno del centro²⁷ y el general Díaz había enviado con carácter de urgencia un

batallón de infantería y un cuerpo de rurales a las órdenes del coronel Victoriano Huerta, siendo la primera vez que un hijo del Colegio Militar, de antecedentes honrosos (que acaba de levantar la carta geográfica de Sonora y de Chihuahua), tomaba el mando de un cuerpo de ejército.

Al llegar el general Escobar me saludó con el cariño de siempre y me dijo: "El general Escudero, subsecretario de Guerra y amigo mío, me mostró una carta del coronel Victoriano Huerta en la cual le pide con urgencia un cirujano, que además de ser buen cirujano sea hombre; y todos pensamos siempre en ti, Aureliano. Victoriano Huerta no es general de dedo, ni machetero; es hombre culto y de grandes audacias; te va a simpatizar." [Contesté:] "Usted manda mi jefe." Al siguiente día emprendí la marcha hacia el Estado de Guerrero y 8 días después el general [*sic*] Huerta y yo estábamos frente a frente. Me saludó con cortesía; me examinó con atención de arriba hacia abajo y me dijo lo siguiente: "El subsecretario de Guerra me comunicó que inmediatamente manda al cirujano como yo lo deseo pero, pero respecto a que sea hombre, no debo olvidar que 'el saber y los calzones se hicieron para las ocasiones.'" Al día siguiente empecé mi trabajo y me dijo el coronel Huerta: "Empiece usted por reconocer estos 300 hombres que el coronel Lopetegui y el jefe político de Ometepec me remitieron como reemplazos Son hermosos ejemplares de salud y de valor, y van a formar la primera compañía del tercer batallón." "Hoy mismo cumpliré sus órdenes," le respondí respetuosamente.

Durante un mes Chilpancingo fue un campo de batalla, marchas y contra marchas, ejercicios militares, simulacros y todo lo que podía servir a un batallón para entrar en acción.

Repentinamente apareció en la orden del día la noticia de que íbamos a emprender la marcha llevando consigo todos los elementos necesarios para entrar en acción. Al toque de Diana empezó el desfile, sin saber a donde íbamos; y, después de seis horas de caminar, acampamos en la margen de un río para descansar y permanecer allí hasta el día siguiente. Se levantaron las tiendas de campaña y el señor coronel Huerta me ordenó preparara un puesto de socorros para prestar los primeros auxilios si fuera necesario. Yo veía todo esto más como un simulacro que como una realidad, y le dije: "Está usted servido mi coronel."

Todo invitaba a la paz y al descanso, las armas estaban descansando en pabellón. Los soldados [estaban] diseminados entre los árboles y protegidos por la vegetación exuberante.

Repentinamente se escuchó un grito que parecía multiplicarse y que retumbaba con el eco de las montañas: "¡Viva la libertad! y ¡muera el Gobierno!"

La primera compañía del tercer batallón, que tanto estimaba el coronel Huerta y que en su totalidad estaba formada por negros y mulatos, se había sublevado y había dejado un reguero de sangre sin dar tiempo hacer [¿a ser?] atacado y sin que nadie pudiera defenderse.

El coronel Victoriano Huerta olvidó, por un momento, que era soldado y sólo pensó en ser hombre. Desenvainó su espada y se enfrentó al enemigo creyendo poder dominarlo con sólo su presencia. Las balas le pasaron por todas partes dejando huellas en el kepí y en las mangas del uniforme. Se salvó de una manera providencial. Cuando los sublevados habían agotado sus cartuchos, se los comió la tierra porque nadie pudo encontrar un solo hombre, ni mucho menos saber el camino que habían tomado.

Levantamos el campo con un total de 60 heridos y 15 muertos. Procedí a cumplir con mi deber. Hice una desarticulación de hombro para contener una hemorragia mortal, con fractura del húmero; y, acto continuo, un pobre sargento que tenía deshecha la laringe y que no podía respirar, me fue llevado por uno de los oficiales y sobre la marcha le hice la traqueotomía. Como la cánula al entrar a la traquea no diera salida al aire, le hice la succión con la boca y le desalojé los coágulos —cosa que le impresionó mucho al jefe del batallón. Todos los jefes y oficiales me ayudaron en la mejor forma posible y logramos terminar a las seis de la tarde en medio de la tristeza más profunda que hayan presenciado aquellos bosques.

Ocho días después cenábamos tranquilamente en el campo y nos dijo el coronel Huerta: "Aquí no ha pasado nada. Mi batallón está completo, y la única duda que tengo es si el doctor está comiendo su carne con la misma boca que le chupó la sangre al sargento Sepúlveda."

Este acontecimiento lúgubre por una ironía del destino decidió mi porvenir, fijando mis ilusiones todas en la cirugía y en la Escuela de Medicina, y aunque parezca increíble, decidió en gran parte los destinos de la Nación.

Bajábamos el coronel Huerta, el teniente coronel Felipe Mier, y yo por una de las hermosas cuestras del valle de Tixtla, cuando repentinamente dijo el coronel Huerta: "Doctor, cuando yo sea presidente de la República usted será mi ministro de Gobernación." No le contesté y creí que estaba bajo la influencia de una pesadilla. "Esto que le digo a usted, aunque no lo crea, lo siento y lo veo venir; y para que sepa

con quien habla, le voy a referir el siguiente hecho histórico:

Abandonaba el país el Presidente Lerdo, siguiendo estos caminos que vamos recorriendo, y el presidente de la Suprema Corte de Justicia, el señor Iglesias, se rehusó a ocupar el puesto que la ley le concedía.²⁸ Yo tenía a mis órdenes una compañía del Colegio Militar y me dirigí al Palacio Nacional. Me declaré solemnemente presidente de la República e hice que los soldados de mi compañía me hicieran los honores que marca la ley. Todo hubiera terminado muy bien, si a los hijos del Colegio Militar que me acompañaban, no los hubiera ofuscado la falta de valor o el exceso de prudencia.

[Respondí:] “Todo esto es muy bonito, mi coronel, para ser contado, pero para mí sigue usted soñando.”

“No señor doctor,” dijo bruscamente, “Victoriano Huerta no dice mentiras. Esto que le cuento a usted, como dice el general Santibáñez, ‘no es histórico, es la mera verdad.’” El teniente coronel Mier, que había guardado silencio, dijo: “Es un hecho, doctor. El mundo está lleno de sorpresas.” De cualquier manera, estos espíritus tuvieron un intercambio de corrientes de energía y de vida que hicieron de los tres uno sólo, lo mismo en los placeres que en las terribles horas de dolor.

Al regresar yo a México, el año de 1900, tomé parte en un concurso de cirugía en la Escuela de Medicina, y obtuve la plaza de profesor de operaciones que durante muchos años desempeñaron con gran éxito los eminentes doctores Eduardo Liceaga y Fernando López. Ambos creyeron que para bien de la enseñanza, debían dejarse las dos cátedras en una sola mano, y así fue.²⁹

Durante todo este tiempo perdí de vista al coronel Huerta, y supe que había sido ascendido a general y que, víctima del futurismo, se había echado en brazos del Reyismo y se había hundido para siempre.³⁰ El general Felipe Mier me dijo: “Esta es la época más terrible de su vida; la miseria ha hecho crugir su cuerpo hasta los huesos.”

Una tarde al llegar a mi consultorio, que había establecido en la calle de San Felipe Neri, me dijo mi secretario Francisco Ondovilla: “Están llamando con urgencia un médico para que vaya a la cantina de la India, aquí en la esquina, a resolver si está muerto o si le puede dar algún servicio a un hombre que tiene una hora de estar tirado en la puerta de la cantina.” Le ordené al doctor Casas [que] acudiera al llamado y al regresar me dijo: “Es el general

Huerta que creo que está muerto porque no tiene pulso." "Tráigalo usted inmediatamente," le dije, y me contestó: "Aquí lo traen dos cargadores." [Le dije:] "Póngalo inmediatamente en la mesa de operaciones en posición de Trendelenburg," y con todas las fuerzas de mi alma, le hice la respiración artificial. Transcurrió mucho tiempo que se me figuraba un año. Mis fuerzas se estaban agotando, cuando repentinamente vi un borbotón de pus y sangre por la boca. Me volvieron las fuerzas y me llené de entusiasmo. Con todo mi corazón y con toda mi ciencia seguí trabajando hasta que tuvimos la fortuna de oír la primera inspiración. El corazón empezó a palpar, la sala de operaciones se iluminó por completo, y me vino a la imaginación el diagnóstico: un absceso de hígado se abrió paso por los bronquios y asfixió al general. Sobre la marcha y sin perder un minuto, abrí el tórax, removí tres costillas, seccioné el diafragma, saqué el hígado y lo fijé a la pared costal, traje el pulmón hacia fuera y hacia bajo, lo fijé al borde superior de la herida, y cerré todas las partes blandas dejando en el punto de más declive una buena canalización. Quince días después, el general Huerta dejaba el sanatorio llevando consigo todas las características de un hombre que había resucitado.³¹

Durante la convalecencia el señor general recibió la visita de un gran número de sus amigos y entre ellos la del señor licenciado Diódoro Batalla, a quien conoció como Juez de Acapulco en el Estado de Guerrero. Este señor licenciado era de la más brillante de las inteligencias de esa época, y tuvo con el general un ascendiente muy grande. Nunca le hablaba de política, pero le refería anécdotas de los grandes hombres. . .

Su problema económico cada día era más terrible, pero logré hablar al señor don Olegario Molina [ministro de Agricultura], y le concedió a [Huerta] la explotación de la madera en el Desierto de los Leones.

Parecía que las cosas marchaban mejor cuando, una noche, a las tres de la mañana, me llamó el velador del sanatorio diciéndome "Un hombre muy sospechoso, casi desnudo, desea hablar con usted con mucha urgencia." Era el general Huerta. Pasó a mi alcoba y me dijo: "Un piquete de rurales llegó a las 10 de la noche para aplicarme la ley fuga. Le[s] supliqué me concediera[n] cenar y hacer una necesidad, a la que tienen derecho todos los hombres cuando los van a fusilar; y el cabo de rurales me dijo con mucha calma: 'Tenemos mucho tiempo. Puede usted hacerlo.' Utilicé un escape privado que tenía en mi cuarto y a salto de mata llegué hasta aquí. En sus manos pongo yo mi vida, compadre.

Y haga usted lo que guste." Lo escondí. A pesar de que el sanatorio lo registraron de arriba abajo, pudo quedar oculto durante 8 días, después de los cuales se presentó a la Comandancia Militar. . .³²

II

TICUMÁN

ES UN BELLO LUGAR DEL Estado de Morelos. Fue el teatro de una orgía de crímenes monstruosos que llenó de espanto y tristeza a toda la nación. Reveló el salvajismo de una raza y reflejó la condición social y económica de una nación. Este acontecimiento hizo cambiar la vida del general Huerta y [le] abrió un camino de verdaderos triunfos.³³

México tenía una atmósfera llena de pesimismo. Los zapatistas habían logrado aislar la capital del Estado y tenían encerrado en Cuernavaca al gobernador don Pablo Escandón. El norte de la República estaba en poder de la revolución [maderista], y el general [Samuel] García Cuéllar llegaba a internarse en mi sanatorio con fractura infectada en el brazo y los huesos totalmente destruidos.³⁴ El general Díaz al visitar a García Cuéllar. . ., se encontró con el general Huerta y me preguntó al salir: "¿Doctor, tiene usted confianza en la lealtad de este hombre?" Y yo le contesté con toda energía: "Se lo garantizo a usted con mi pescuezo." [Díaz dijo:] "Dígale usted que me vea hoy mismo," y así fue.³⁵ Al siguiente día, jueves a las 8 de la mañana, salió un tren militar de la estación de Buenavista, y el licenciado Diódoro Batalla y yo, despedíamos al general Huerta deseándole mucho éxito y recomendándole prudencia.

El domingo siguiente a las 5 de la tarde, vi entrar un automóvil por la calzada del sanatorio, y al llegar recibí al general Huerta acompañado del gobernador de Morelos, don Pablo Escandón. Inmediatamente nos dirigimos a la calle de [la] Cadena a ver al señor presidente quien nos recibió en el acto. Al saludarlo, el general Huerta, cuadrándosele con todo respeto, le dijo: "Acabé con todas las fuerzas que rodean a Cuernavaca. Dejé una guarnición en la capital del Estado, y vine a decirle que en un mes terminaría la campaña de Morelos. Aquí tiene usted al señor gobernador que se ha portado como hombre." El señor presidente contestó secamente: "No regrese usted a Morelos, señor general. Desde este momento es usted el comandante militar de la Plaza y la ciudad de México, y las tropas militares están a sus órdenes." ³⁶

III

EL "IPIRANGA"

ALGÚN FILÓSOFO HA DICHO que el mayor beneficio que la naturaleza nos brinda es mantenernos en la ignorancia de nuestro destino. La reflexión hace sentir al sabio hondas tristezas que el ignorante desconoce.

Por fortuna nuestra imaginación, como todos los árboles, tiene hojas, flores y frutos y nos hace ser felices a pesar de todas las negaciones; porque todos, sea cual fuere nuestra cultura y nuestro origen, todos sin excepción, llevamos en el fondo de nuestra alma un rayo de luz que se llama fe, cuando menos, la ilusión de la fe, que nos da la evidencia de las maravillas que constituye la vida espiritual.

Estas consideraciones vinieron a mi mente cuando presencié que el señor Limantour, recargado en el respaldo de la misma silla en que yo acaba de curar al señor general Díaz, le decía con insistencia: "La única solución del problema de México es la renuncia inmediata del señor Presidente." El señor general Díaz no movió los labios, pero al despedirse me dijo: "Dígale al general [Huerta] que me vea hoy mismo." Y así lo hice.³⁷

Ocho días después un tren con todos los elementos necesarios para la defensa salía de la estación de Buenavista a las órdenes del general Huerta. Al llegar a Tepeyahualco los revolucionarios atacaron el tren con gran empuje. El general Huerta puso sus elementos en línea de combate, y como buen soldado el general Díaz se colocó en la zona de peligro. Se escuchó una voz con toda energía que dijo: "Aquí yo mando, señor Presidente, y usted se va a su gabinete." En seguida la sección de ametralladoras al mando del teniente Goroztieta dejó un reguero de muertos y el tren siguió sin ningún contratiempo.

El himno nacional dejó escuchar sus bellas notas que repercutieron los árboles y las montañas. [En Veracruz] el señor general don Porfirio Díaz se embarcó en el Ipiranga con todos los honores que le correspondían como Presidente de la República Mexicana.

IV

EL ABRAZO DE ACATEMPA

DON IGNACIO [Francisco] de la Barra era presidente. El señor general don Porfirio Díaz pasaba los últimos días de su vida

en la ciudad de París. El señor don Francisco I. Madero entró [7 de junio] a la ciudad de México en son de triunfo. Creyó con gran inocencia que había asegurado la suerte del mayor número, repartiéndoles las haciendas de la Nación.

Por todas partes se anunciaban grandes cambios y acontecimientos inesperados. El primer acontecimiento llenó de tristeza y espanto a toda la ciudad: un temblor hizo estremecer a la hermosa Catedral de México hasta sus cimientos.³⁸

Los espíritus proféticos ignoran que la naturaleza no da saltos: para ella no existen grandes cambios. No hay apocalipsis social. Los grandes organismos, así sea un gran hombre o un gran pueblo, están sujetos a leyes biológicas. En el orden de la civilización, lo mismo que en el orden de la naturaleza, estamos gobernados por la necesidad. La inestabilidad es la primera condición de la vida. Todo lo que vive se modifica y se transforma sin cesar, pero de una manera lenta, regular, insensible, y obedeciendo siempre a la clemente lentitud de las leyes naturales. Resignémonos a preparar nuestro destino con nuestras propias manos, consagrándonos al bien general.

[Al general Huerta]... le [fue] encomend[ad]o la pacificación del Estado de Morelos. Las fuerzas de Blanquet formaron un círculo y obligaron al zapatismo a encerrarse en la ciudad de Cuautla. Las fuerzas al mando del general Huerta impedían la salida del enemigo en un sitio formal. Momentos antes del ataque, se presentó el señor Madero y ordenó a las fuerzas militares que suspendieran los fuegos mientras tenía conferencia con el general Zapata, con la seguridad de terminar sin derramamiento de sangre.³⁹

El general Huerta regresó a México para informar acerca de la situación difícil por que atravesaba, insistiendo en el gran peligro que corría la vida del señor Madero. El presidente de la Barra no quiso resolver la cuestión y dejó sobre el general Huerta toda la responsabilidad.⁴⁰

Un periódico de caricaturas pintó la situación, colocando en las manos del presidente un busto, que representaba a Madero, y al pie de la caricatura las siguientes palabras: "Lo quito o loco loco?"

El general Huerta resolvió utilizar este tiempo para operarse de una catarata que lo tenía casi ciego. Se internó en el sanatorio...⁴¹ Durante este tiempo todas las fuerzas federales abandonaron el Estado de Morelos que quedó en manos de Zapata por orden del señor Madero... La Secretaría de Guerra le quitó [al general Huerta] todo mando de fuerzas y quedó en la misma situación difícil en que siempre había vivido.

V

EL SEÑOR GENERAL DÍAZ había ofrecido celebrar la inauguración del sanatorio como un acontecimiento del centenario de nuestra independencia. Desgraciadamente no fue así, y tuve que suplicarle al señor de la Barra presidiera el acto, al cual concurrió todo lo que representaba ciencia y valer en nuestro país. La inauguración de la obra fue un verdadero acontecimiento. Tuvimos la fortuna de ver reunidos a los elementos distinguidos del antiguo y del nuevo régimen...⁴²

La administración del señor Madero se inició con mucha tolerancia y parecía tener un éxito completo. Según la expresión de un distinguido orador de esa época: México parecía ser el lugar en donde la ciencia, la poesía y la moral se habían dado cita y se habían convertido en una unidad. Todo era amor y admiración.⁴³ Desgraciadamente, por una mala interpretación, el Gobierno no estimó debidamente ni supo recompensar los servicios del general Pascual Orozco. Este hombre fue un modelo de dignidad y de honradez, era originario de Chihuahua y tenía toda la sencillez y la grandeza de alma de los hijos de ese Estado. Sin género de dudas fue el alma de la revolución y sus triunfos prepararon definitivamente los resultados. No obstante todo esto se le vio con indiferencia, tal vez con celos. No faltó alguien que le cantara al oído: "Tú debes ser el presidente". Se retiró a Chihuahua y organizó una revolución.⁴⁴ [Cerca de Rellano] lanzó una máquina loca sobre el tren que iba a combatirlo. Logró detener su marcha y entonces hizo un ataque tan terrible que quedaron sobre el campo cientos de soldados muertos y entre ellos el general [González Salas] que los mandaba [y] que era el mismo secretario de la Guerra del señor Madero.

Ya puede imaginarse el pánico que se apoderó de la nación. Colocó al gobierno en tal situación que a voz en cuello todos pedían que se llamara al general Huerta para salvar al país. Así fue.⁴⁵ Se le dio el mando del ejército y marchó a los campos de Bachimba y de Rellano donde derrotó al enemigo y se hizo dueño completo de la situación.

El único incidente desagradable fue que el general Villa, a quien el presidente Madero había mandado como representante, hiciera alarde de sus malos instintos. Se fue a Parral y se robó la caballada fina que pudo encontrar y los elementos que creyó que podían servirle para su engrandecimiento. Pero como iba al mando del general Huerta todas las quejas llegaron a él. Al reconvenirle su conducta, [Villa] le contestó [a Huerta] en tal forma que el general Huerta ordenó fuera fusilado sobre la marcha. Villa se le arrodilló

[y] le pidió perdón. Debido a la influencia de Rubio Navarrete se suspendió la ejecución y se le mandó como prisionero a la ciudad de México.⁴⁶

El general Huerta regresó a México lleno de honores y en completo triunfo. Fue tal su popularidad y su prestigio que el gobierno decidió quitarle el mando de la División del Norte, que fue la que había salvado a la Nación. Huerta a pesar de sus triunfos volvió a estar en disponibilidad, con la diferencia de que, lastimado en su persona hasta lo más íntimo, supo controlarse y resolvió aprovechar la primera oportunidad para curar sus heridas.⁴⁷

Desgraciadamente la atmósfera estaba cargada de pólvora y de odios. Sin pensar en la patria se cometió el más grande de los errores. El señor García Peña, ministro de Guerra, llamó por teléfono al general Huerta y le dijo: "El presidente Madero ha puesto en libertad a Villa con instrucciones de asesinate esta noche."

El general Huerta se dirigió inmediatamente a Coyoacán y me suplicó [que] lo acompañara a la casa del señor Pino Suárez [vice-presidente de la República]. Después de saludarlo con todo respeto, le dijo: "El señor ministro de la Guerra me comunicó por teléfono que el Presidente había puesto en libertad a Villa para asesinarme. Quiero que ustedes sepan que si alguna vez soy presidente, le ordenaré a mi ministro de la Guerra que ustedes anticipadamente sepan que van a ser asesinados." Así fue.⁴⁸

VI

LA SEMANA TRÁGICA

PERDÍ DE VISTA AL general Huerta después de su entrevista con Pino Suárez. El día 8 de febrero de 1913 se me presentó y me dijo: "No he venido porque he querido dejar arreglado todo lo que en mi concepto va a cambiar por completo la situación de México. El martes [?] 15 de este mes a las 2 de la mañana van a estar aquí Quiroz y Fuentes acompañados de varias personas, y esperan la llegada de 3 baterías de artillería que salen a media noche de Tacubaya y van a tomar el Palacio Nacional, donde tendré en las guardias gente de absoluta confianza. De allí las fuerzas al mando del [teniente coronel] Joaquín Mass irán a Chapultepec y lo tomarán por asalto y sin derramamiento de sangre todo quedará terminado.

Me sorprendió su conversación y le dije: "Los datos que yo tengo no coinciden con los de usted." "¿Sabía usted algu-

na cosa? porque todo esto que le he dicho no ha salido de mi cabeza”, me dijo enérgicamente. “Señor general, acaba de estar aquí el capitán Acosta, y me dijo lo siguiente: ‘Necesito \$500.00 urgentemente y quiero que sepa usted que el domingo 19 [¿9?] de febrero a las 12 de la noche todos los soldados y alumnos de la Escuela de Aspirantes marcharán sobre el Palacio entrando por Zapadores. De acuerdo con las fuerzas estacionadas allí, se posesionarán de todos los elementos militares y esperarán al general Reyes que va a tomar posesión de Palacio. Félix Díaz y Mondragón con fuerzas competentes se posesionarán de la Ciudadela e irán a Chapultepec para aprehender al presidente.’⁴⁹ Como usted ve es el mismo asunto con diferencia de tiempo y de actores.”

[Huerta dijo:] “Guardé usted silencio, no diga nada. Voy a suspender todo hasta ver el resultado que da este movimiento y cuál es la marcha que siguen los acontecimientos.”

Así quedamos, esperando con ansia la llegada del domingo. Las cosas se verificaron como estaba anunciado. La Escuela de Aspirantes entró por Zapadores [y] se posesionó de Palacio. Todo hubiera sido un éxito si el general don Lauro Villar, comandante militar no hubiera tenido los calzones en su lugar. Tan pronto como supo lo que pasaba, se dirigió a la Comandancia Militar. Se apoderó de una ametralladora, sometió a todos los rebeldes sin que nadie chistara una palabra. Al ver llegar una gran cantidad de gente con un grupo de hombres a caballo, se dirigió a la puerta principal del Palacio Nacional. Hizo fuego y dejó sobre el campo 2000 muertos, casi todos curiosos y civiles y entre ellos el cadáver del general [Bernardo] Reyes. Su hijo el licenciado Rodolfo Reyes se había guarnecido en el kiosco central en medio de los despojos de una campaña sin combate y sin defensa.⁵⁰

Los hombres que estaban en la Ciudadela no habían podido moverse y ahí quedaron encerrados con muchos elementos militares los generales Félix Díaz y M. Mondragón, el presidente Madero salió a Chapultepec. Se dirigió a Palacio, [pero] se vio obligado a detenerse y ocultarse en la fotografía Daguerre que está enfrente de la Alameda. Por una de esas cosas que uno pone en manos de la casualidad, pero que seguramente fue ejecutada por el destino, el general Huerta pasaba en esos momentos por la Alameda rumbo a Coyoacán. Fue detenido por la muchedumbre. Instintivamente fue al centro del movimiento que estaba en la fotografía y que se debía a la presencia del presidente Madero.⁵¹

“Llega usted en el momento más oportuno señor general,” le dijo el presidente al general Huerta. “¿En qué le puedo servir a usted señor Presidente?” “Tome usted el man-

do de todas las fuerzas militares de la plaza y todos los elementos de combate que usted pueda reunir en estos momentos. Diríjase al Palacio Nacional... y sin pérdida de tiempo, organice la defensa y mande una escolta para que me lleve a Palacio." "Así lo haré, señor presidente," dijo Huerta...

Envió al hospital al comandante militar Lauro Villar que estaba herido y asumió el mando de las fuerzas militares con el carácter de comandante militar. Envió a Joaquín Mass y al capitán Fuentes para escoltar al presidente... Así pasó el primer día de la semana trágica.

VII

QUINTO DÍA DE LA SEMANA TRÁGICA

EL JUEVES EN LA MAÑANA llegó el general Camarena al sanatorio y me condujo ante el general Huerta a la Comandancia Militar. Al recibirme me dijo: "La situación por que atravesamos es muy difícil, pero de hoy a mañana salvaremos el Rubicón. Lo llamé a usted porque los senadores don Sebastián Camacho y don Emilio Rabasa han llamado varias veces preguntando por usted." "Estoy a sus órdenes, señor general," le dije. Llamó a los senadores y me comunicaron sus propósitos. [Les dije:] "Es muy difícil lo que ustedes quieren: y si personalmente lo hago, no nos dá[rá] el resultado que nos dará si todos exponemos el asunto al señor general Huerta." Le suplicamos [que] nos concediera una audiencia y nos contestó: "Estoy a sus órdenes."

"Señor general, los senadores desean que tenga usted el éxito que ha tenido en todas sus campañas y sin intervenir en su plan militar. Desean ofrecer a usted sus servicios para cooperar en la forma que sea posible y según usted lo ordene, con el único objeto de calmar la angustia de la situación en México." Los señores senadores Camacho y Rabasa encomiaron su labor, indicando [que] no tenían más objeto que felicitarlo y ponerse a sus órdenes. En tono solemne contestó el general Huerta: "Tengan ustedes la seguridad de que antes de 3 días todo habrá terminado para [el] bien de la patria." Al despedirnos, dándole las gracias, nos dijo en tono de broma: "No olviden ustedes que 'tomar la Ciudadela no es tomarse una medida'." ⁵²

El general Camarena me llevó a Coyoacán y cuando estaba yo solo en medio del silencio y la majestad de los árboles, vino a mi mente la siguiente pregunta: ¿Será posible que un hombre que lleva en el alma el eco de todas las amarguras

del mundo, a quien el destino le ha escatimado los triunfos ahogándolos con los extortores de la agonía —será posible, repito, que este hombre tenga en sus manos los destinos de la nación?

La posteridad que conoce bien su oficio de posteridad, es la única que puede contestar esta pregunta. Pero sea de ello lo que fuere, el general Huerta era el único que tenía en sus manos toda la responsabilidad del momento en que vivimos.

VIII

FIN DE LA SEMANA TRÁGICA

LOS ACONTECIMIENTOS DE LA semana trágica hicieron muchas víctimas en la población. . . Perdí de vista al general Huerta durante varias semanas.

Una mañana se me presentó acompañado de mi comadre Emilia y me dijo: "Venimos a desayunarnos con ustedes y a ver florear los chabacanos, porque no he olvidado que alguna vez me dijo usted refiriéndose a un amigo nuestro: 'Este señor no verá florear los chabacanos.' El mismo pensamiento lo tuve durante la semana trágica. A propósito voy a referir a usted con cuanta inocencia terminó esta semana tan llena de ruido y salpicada de sangre y de ironía. Después de la visita de usted y de los señores Sebastián Camacho y Emilio Rabasa, procuré tener una entrevista con Mondragón y Félix Díaz y les dije de rota batida: 'Propónganme un plan de paz y de concordia para darle fin a esta situación.' 'Muy sencillo,' dijo Mondragón, de abrupto. 'Lo declaramos a usted presidente; aprehende usted al presidente y al vicepresidente, los pone a disposición de la Secretaría de Guerra, y nosotros le nombramos a usted un gabinete designado exclusivamente por nosotros.' Creían que yo iba a exigir el cielo y la tierra, y se sorprendieron cuando les dije: 'Aceptado, con la condición de hacer este pacto que llamaremos de la Ciudadela en presencia del embajador americano Mr. [Henry Lane] Wilson, tanto para garantía nuestra como para evitar tropiezos al nuevo gobierno.' Y sí fue, le entregué a Mondragón todos los reos políticos y me quedé solo, pero con la llave de la casa." ⁵³

No volví a ver al general Huerta, sino mucho tiempo después. Durante el cual fue verdadero presidente; se hizo sentir su presencia con respeto y admiración de todos. La historia juzgará su obra y la de sus colaboradores. No soy el llamado para esa misión, pero deseo hacer conocer dos puntos impor-

tantes: uno de carácter internacional y el otro netamente nacional, que pintan la idiosincrasia y la fuerza del espíritu del general Huerta.

El primero fue la llegada de [John] Lind, [ex]gobernador de Minnesota, presidido de un mensaje que leía: "A quien corresponda. El gobernador Lind de Minnesota va a México [a] arreglar los asuntos del gobierno."⁵⁴ Como yo tardé en encontrar al general Huerta, formulé un telegrama para tenerlo listo [para] presentár[se]lo: "Si el gobernador de Minnesota no trae sus papeles en debida forma, será considerado como extranjero pernicioso." Me dijo violentamente el general Huerta: "Llévelo usted al telégrafo personalmente, dirigido al presidente Wilson"; y así lo hice.⁵⁵

Dos días después se recibió una comunicación llena de consideraciones procedente de Washington. La recibió el ministro de Relaciones, don Federico Gamboa, que acababa de ser nombrado. La respuesta la oímos en una lectura pormenorizada que nos hizo el mismo ministro en una junta extraordinaria que tuvimos dos días después. Al terminar la lectura, creí pertinente hacer algunas observaciones, pero el general Huerta se puso de pie violentamente y me dijo: "No se debe quitar ni un punto ni una coma a éste del señor ministro de Relaciones. Debemos mandarla en el acto; y punto final."

Me llevó a comer a su casa y a la hora del café nos dijo: "Mi compadre y yo vamos a tomar el café en la sala, y ustedes sigan aquí saboreando su conversación." Ahí solos los dos me dijo el presidente: "No quise que hablara usted porque perdíamos el tiempo. Tengo la idea de que la respuesta de Gamboa es literatura barata, y quiero que la haga usted aquí sobre la marcha de una manera sencilla, clara, y contundente." Así lo hice; la leyó dos veces, la firmó, y la mandó a Washington en la misma cubierta de la Secretaría de Relaciones. A los días siguientes la prensa americana se refería encomiásticamente al general Huerta y a su ministro de Relaciones; y todos elogiaban la energía y la arrogancia con que [la respuesta] había sido hecha. Nosotros al encontrar al señor [presidente] oímos este comentario: "Hoy sí, tengo ministro de Relaciones."⁵⁶

El segundo punto que pinta el general es el siguiente. Le ordenó a don Joaquín Pita, inspector de Policía, que aprehendiera al Lic. don Manuel Calero y al Lic. Jesús Flores Magón, y los entregara a la Secretaría de Guerra. El inspector de Policía cumplió la orden, pero en lugar de entregarlos a lo Secretaría de Guerra, los llevó al ministro de Gobernación y los dejó ahí hasta que yo llegara para expo-

nerme el peligro que hubieran corrido sus vidas si las órdenes del presidente se hubieran cumplido. Los puse en libertad. Con gran sorpresa mía el presidente Huerta les dio un banquete y les hizo creer que el ministro de Gobernación había cometido un error, sin explicar naturalmente en qué consistía dicho error. Aguanté el chubasco y todas sus consecuencias; pero no tenía remedio. Estábamos en su barca y, según una frase muy frecuente en él: la política es el juego de la viborita, si la ensartas pierdes, y si no la ensartas pierdes.

... Sirva éste como fin de mis recuerdos acerca del general Huerta.⁵⁷

NOTAS

¹ *El Imparcial*, 4 de febrero de 1913.

² *El Imparcial*, 14 de junio de 1913.

³ En abril, Celso Acosta fue reemplazado por Joaquín Pita como inspector de Policía y Alberto García Granados dejó la Secretaría de Gobernación. Huerta obtuvo antes de la Cámara de Diputados un aplazamiento de las elecciones presidenciales, en virtud de que necesitaba retirar las candidaturas de Díaz y León de la Barra.

⁴ En julio hubo nuevos cambios en el Gabinete. A fines de ese mes, Rodolfo Reyes, del Departamento de Justicia, representaba el único simpatizador de Félix Díaz en el Gabinete.

⁵ El gobierno de Huerta experimentó una serie de crisis ministeriales. Los cambios fueron tan frecuentes que el Lic. Manuel Garza Aldape tuvo las carteras de Instrucción Pública, Relaciones Exteriores, Fomento y Gobernación en menos de cinco meses.

⁶ *El Imparcial*, 31 de julio de 1914. Entre las víctimas más prominentes del régimen de Huerta se cuentan las siguientes: el diputado Serapio Rendón, asesinado en Tlalnepantla el 22 de agosto de 1913; el diputado Néstor Monroy y un grupo de trabajadores muertos el 13 de julio de 1913; el diputado Adolfo C. Guirrón, balaceado en Juchitán, Oax.; y Solón Argüello, asesinado en Lechería el 27 de agosto de 1913. La desaparición del senador Belisario Domínguez provocó una situación que terminó con la disolución de las cámaras, a principios de octubre.

⁷ *El País*, 17 de julio de 1913.

⁸ Sin embargo, en contradicción parcial, agregó que "no se ha tomado ninguna medida enérgica ni que vulnere la ley, sino que por el contrario, mientras yo esté en este Ministerio obedeciendo el criterio del señor presidente de la República, haré que la ley sea nuestra forma." *La Nación*, 23 de junio de 1913.

⁹ 1º de agosto de 1913.

¹⁰ Dejaron el Gabinete: R. Reyes (Justicia), David de la Fuente (Comunicaciones), Federico Gamboa (Relaciones Exteriores) y Urrutia. En

su lugar entraron: Querido Moheno (Relaciones Exteriores), Garza Aldape (Gobernación), Enrique Gorostieta (Justicia) y Nemesio García Naranjo (Educación Pública).

¹¹ Moheno comentó lo siguiente: "No obstante haber asentado en una entrevista que di a la prensa, que el ingreso de Urrutia al gabinete iba a ser de gran trascendencia al país, dada su inteligencia, su acción y la honradez que lo caracterizan, su estancia fue muy corta, y eso se debió exclusivamente a un gran error del Partido Católico, que quiso lanzarlo como candidato a la Presidencia. En mi concepto, eso y no otra cosa fue la causa de la caída de Urrutia." Urrutia contestó que "Mr. Wilson y Mr. Lind nos tiraron (a Huerta y a mí) al carretón de la basura". Oliverio TORO, "Las revelaciones políticas del Dr. Aureliano Urrutia," *Excélsior*, 13 de febrero de 1947. El Partido Católico designó a Federico Gamboa y al general Eugenio Rascón. Sin embargo, la ciudadanía demostró indiferencia a la elección controlada, que declaró nula la Cámara y apoyó la continuación de Huerta en el poder, hasta julio de 1914, cuando se convocaría a nuevas elecciones.

¹² 13 de septiembre de 1913.

¹³ 15 de septiembre de 1913.

¹⁴ El cirujano declaró que tenía intenciones de ir a Alemania, pero que las autoridades norteamericanas que ocupaban Veracruz lo transportaron a Galveston, Texas. Oliverio TORO, "Las revelaciones...", *Excélsior*, 13 de febrero de 1947.

¹⁵ "PERLITA", "Hombres que dan prestigio a México: El doctor Urrutia", *Revista de Revistas*, 25 de agosto de 1929.

¹⁶ 25 de agosto de 1929.

¹⁷ Miguel Ángel PERAL, *Diccionario biográfico mexicano de 544 a 1944*, (México, 1944), p. 815.

¹⁸ José MANCISIDOR, "La Revolución y Aureliano Urrutia", *El Nacional*, 13 de agosto de 1945.

¹⁹ Ver, Oliverio TORO, "Las revelaciones...", *Excélsior*, 8 de febrero de 1947.

²⁰ Oliverio TORO, "Las revelaciones...", *Excélsior*, 24 y 30 de enero; 4, 8 y 13 de febrero de 1947.

²¹ José MANCISIDOR, "Lo que Urrutia afirma", *El Nacional*, 10 de febrero de 1947.

²² F. F. PALAVICINI, "Los crímenes de Urrutia", *El Mañana*, 7 de junio de 1947.

²³ José C. VALADÉS, "Los papeles del Dr. Urrutia", *El Mañana*, 7 de junio de 1947.

²⁴ Oliverio TORO, "Las revelaciones...", *Excélsior*, 24 de enero de 1947.

²⁵ El doctor Aureliano Urrutia a Nemesio García Naranjo, 28 de enero de 1958. En una carta de Urrutia, fechada el 17 de abril de 1959, se le concedió permiso de publicación a este escritor.

²⁶ Alusión a la campaña militar emprendida contra los indios mayas de la Península.

²⁷ Realmente el general Neri provocó un levantamiento contra el general Arce, gobernador de Guerrero.

²⁸ Alusión a las elecciones de 1876 y a la rebelión de Tuxtepec, cuando Porfirio Díaz aventajó a Lerdo e Iglesias.

²⁹ Urrutia fue nombrado jefe de operaciones, posición en la que fue el principal ayudante del profesor de Operaciones, doctor Ramón Macías.

³⁰ De acuerdo con Oliverio Toro, Urrutia afirmó que Huerta "fue el alma del Reyismo desde 1900 hasta 1910". *Excelsior*, 24 de enero de 1947. Este escritor no ofrece ninguna prueba que pudiera comprobar el argumento de que Huerta jugara un papel tan importante entre los que apoyaron a Bernardo Reyes.

³¹ García Naranjo duda de la exactitud de la historia; señala la capacidad de Huerta para consumir un litro de cognac, seguido de otro de Churchill, sin embriagarse.

³² Urrutia explica, en el pasaje omitido, que este episodio sucedió porque el general Francisco Z. Mena, que era secretario de Guerra, creyó un informe de que Huerta se había levantado en las montañas del Ajusco con la ayuda de la gente de esa zona para derrocar a Díaz. Por tanto, dio la orden de arrestar y fusilar a Huerta.

³³ Urrutia se refiere al movimiento zapatista en Morelos, en el tiempo de la revolución de Madero contra el régimen de Díaz.

³⁴ El coronel Samuel García Cuéllar perdió el brazo derecho a causa de las heridas que recibió en la batalla de Casas Grandes, Chih., 6 de marzo de 1911.

³⁵ Informa Oliverio Toro que el doctor Urrutia relató cómo él discutió con Díaz en Chapultepec, sobre Huerta, después de la visita del presidente al sanatorio. Según esto, Díaz hizo que Urrutia trajera a Huerta a su residencia privada en la Calle de la Cadena, *Excelsior*, 24 de enero de 1947.

³⁶ En este caso el Dr. Urrutia está equivocado. Huerta no fue comandante de la Plaza hasta el 9 de febrero de 1913. García Naranjo declaró que Díaz consultó con De la Barra, quien recomendó para este puesto al general Rascón. Rascón fue nombrado y sirvió hasta el fin del régimen de Díaz. Cuando fue contradicho por su recuerdo del episodio, Urrutia escribió: "Quise pintar el entusiasmo del general Díaz quien, sin perder su carácter de estatua de mármol, dijo con todo su vigor: 'Usted será desde mañana el Comandante Militar de México y si no fuera así, en el corazón del general Díaz, puedo asegurárselo a usted con todas mis fuerzas, que no habita un soldado más que el general Huerta'", Urrutia a García Naranjo, 28 de enero de 1958. Huerta recuperó Chalma y Malinalco, Estado de México, que habían caído en poder de los zapatistas el 26 de abril. Sin embargo, en mayo, los revolucionarios capturaron Jonacatepec y Yautepec (7 de mayo), Cuautla (19

de mayo) y Cuernavaca (21 de mayo) para dominar el Estado de Morelos.

37 Relata García Naranjo que Huerta le dijo que él fue llamado después de que Ciudad Juárez había caído en poder de los revolucionarios. Cuando se le preguntó lo que pensaba, Huerta inquirió sobre la situación militar en Chihuahua. Después de ser informado dijo que, con las tropas que había, él podía dar fin a la situación de Ciudad Juárez en un día, pero que necesitaría 2,000 jinetes para dispersar a los rebeldes. Cuando Limantour preguntó si prometía acabar con la revolución, Huerta replicó que sólo estaba respondiendo sobre la situación militar y que la revolución era otra cosa. Limantour le preguntó dónde conseguiría los caballos en el caso de autorizárselo. Huerta declaró que comenzaría con los dos que estaban enganchados al coche de Limantour. Llegó a ser tradicional entre los elementos conservadores atribuir a las maquinaciones de Limantour la renuncia de Díaz.

38 El entusiasmo popular ocasionado por la llegada de Madero no fue desalentado por el temblor. Desde temprano de esa mañana las calles estaban llenas de gente y esperaban dar la bienvenida al apóstol.

39 La pacificación de Morelos y el licenciamiento de las tropas revolucionarias representaron uno de los más serios problemas del régimen interino. Mientras Madero ensayaba negociaciones pacíficas, el gobierno de De la Barra favoreció medios más violentos. La situación antes descrita no era tan dramática como juzga Urrutia. Zapata estaba acuartelado en Cuautla, cuando la columna de Huerta llegó a Cuernavaca el 10 de agosto. La captura de los rebeldes de Jojutla y Yautepec fue utilizada para justificar el envío de refuerzos, bajo las órdenes del Blanquet. Madero, al conferenciar con Zapata, protestó por el amenazante avance de Huerta a Yautepec. Mediante un convenio los zapatistas evacuaron Yautepec y empezaron a concentrarse en Cuautla para ser dados de baja. Después del regreso de Madero a la capital, Huerta reanudó sus movimientos agresivos, de lo que resultó un rompimiento entre De la Barra y Madero, y recriminaciones públicas de Madero contra Huerta. Véase, *Francisco I. Madero*, de Stanley R. Ross, (México, 1959), pp. 183-95.

40 García Naranjo afirmó que esa "responsabilidad" consistía en que terminar con Zapata contrariaba las órdenes de Madero. Urrutia escribió acerca de ese pasaje, lo siguiente: "No se me ocurrió una pantalla más fuerte que la que puse para ofuscar una situación que estuvo en la imaginación de todos, y que daban por un hecho realizado si no hubiera sido por la insistencia con que un grupo de amigos tratamos de vencer al general de la inconveniencia y de la falta de oportunidad, dada la popularidad y la falta de conocimiento del verdadero Madero." Urrutia a García Naranjo, 28 de enero de 1958.

41 Urrutia es confuso aquí. La operación de catarata ocurrió el año siguiente, después de la campaña de Huerta contra Orozco. En su carta a García Naranjo Urrutia aclara que "el hecho histórico es el siguiente:

fue necesario encerrar en el sanatorio al general Huerta mientras se enfriaban los acontecimientos y se resolvía la cuestión en Morelos."

42 El pasaje omitido contiene extractos del discurso de uno de los alumnos de Urrutia en el cual alaba las excelentes operaciones quirúrgicas practicadas en el Sanatorio.

43 Urrutia declaró, según Oliverio Toro, que la administración de Madero "se convirtió en un horrible desbarajuste. Fue una terrible pesadilla para la patria." *Excelsior*, 24 de enero de 1947.

44 Hay pruebas de que, en su estado de insatisfacción, Pascual Orozco sucumbió a los halagos de los conservadores. Véase Ross, *Madero*, p. 245.

45 Urrutia recuerda que Pascual Orozco "era esperado en la ciudad de México y no se apoderó de ella por falta de audacia. El presidente Madero se echó en brazos de Huerta, como un naufrago moribundo se abraza a una tabla en las contracciones de la agonía." *Excelsior*, 24 de enero de 1947.

46 Villa había estado combatiendo a los oroquistas desde el principio de la rebelión. Unidas a la campaña de Huerta, las fuerzas de Villa habían participado activamente en la campaña. El incidente en cuestión ocurrió en Jiménez, donde un hombre de Villa se apoderó de una yegua. Villa desobedeció la orden de Huerta de devolver el animal, los coroneles Raúl Madero y Navarrete intervinieron para que Huerta suspendiera la ejecución, y por una orden telegráfica de Madero, Villa fue llevado a la capital, Ross, *Madero*, pp. 251-255.

47 Urrutia creía que la defección de Huerta fue producida más por un fuerte anhelo de venganza que de deseo incontrolable de poder. *Excelsior*, 30 de enero de 1947.

48 Villa fue llevado a la capital a principios de julio de 1912. Fue formalmente acusado, juzgado y condenado. En noviembre entró a la prisión militar de Santiago Tlaltelolco, de la cual escapó al mes siguiente. No hay datos para comprobar el cargo contra Madero, que es incompatible con su carácter y conducta.

49 Aquí parece haber una confusión de fechas. Esto es comprensible, ya que los complotistas hicieron no menos de 8 planes diferentes. Fue planeado originalmente para el 19 de febrero, pero fue pospuesto inicialmente hasta el 5. La ausencia de Pino Suárez motivó un nuevo aplazamiento para el 11 de febrero. Al saber que el gobierno estaba enterado de sus planes, originó una reunión de emergencia la noche del sábado 8 de febrero; en ella se decidió actuar temprano a la mañana siguiente. No se planeó la ocupación de la Ciudadela por los rebeldes; se hizo al fracasar la toma del Palacio Nacional, Véase: Ross, *Madero*, pp. 266-71.

50 La negativa de Reyes y sus compañeros de detenerse y rendirse cuando se lo pidió Villar, ocasionó la orden de fuego. La batalla cerca de 10 minutos; muchos civiles fueron cogidos a dos fuegos. Hubo cuatrocientos muertos y cerca de 1,000 heridos, incluyendo al general Villar. Esto último hizo necesario nombrar un nuevo comandante de la plaza. Félix Díaz guió sus fuerzas rebeldes a la Ciudadela y la ocupó.

51 García Naranjo asegura que Huerta, de quien desconfiaban ambos bandos, pues había rehusado aceptar la invitación para unirse a los conspiradores, sintió la necesidad de colocarse en una situación segura. Dejó su casa en la calle de Martínez de la Torre, en la Colonia San Rafael, caminó hacia el centro y se dirigió a la Comandancia Militar. En San Juan de Letrán se encontró a Madero. García Peña trajo la noticia de que el Palacio había sido recobrado, pero que Villar había sido herido. El escenario había sido preparado para la designación de Huerta, aparentemente con la recomendación de García Peña.

52 Un grupo de senadores conservadores estuvo muy activo durante la Decena Trágica. Se reunieron el 14 de febrero en la casa del senador Camacho. Al día siguiente, un grupo, resto de la Cámara alta, decidió pedir las renunciaciones de Madero y Pino Suárez. El lunes 17 de febrero, después de otra reunión, un grupo de senadores visitó a Blanquet y a Huerta. Después de reunirse otra vez con el grupo al día siguiente, Huerta pidió una audiencia presidencial. Madero rechazó la petición de su renuncia. Obviamente, los legisladores conservadores estaban buscando el respaldo de Huerta para su exigencia, mientras que Huerta quería el apoyo de su prestigio y argumentos para asegurar los rangos de sus asociados militares, Ross, *Madero*, pp. 283-90.

53 El 10 de febrero Félix Díaz entrevistó a un representante de Huerta en "El Globo". Aparentemente se arregló una reunión entre Huerta y Díaz para el día siguiente. El 11 de febrero los principales conferenciaron en la mañana, en la casa de Enrique Cepeda, en la Colonia Roma. Se convino la destrucción del gobierno de Madero, pero la fecha se la dejaron a Huerta, *Ibid*, pp. 275-77. García Naranjo afirma que fueron Díaz y Mondragón, más bien que Huerta, quienes sugirieron como lugar de reunión a la Embajada Americana. El embajador Henry Lane Wilson, que estaba en favor de Félix Díaz, invitó a la Embajada, la tarde del 18 de febrero, a los caudillos de ambas facciones. Más tarde, Rodolfo Reyes justificó la firma del Pacto de la Ciudadela, por ser la Embajada un "terreno neutral". El gabinete estuvo de acuerdo, los partidarios de Díaz tenían una representación considerable, pero no exclusiva. R. REYES, *De mi vida: Memorias Políticas*, (Madrid 1929-30), II, p. 29.

54 En otra ocasión el doctor Urrutia afirmó que el mensaje que anunciaba la llegada del enviado confidencial de Wilson, lo describía como yendo "a México a terminar la situación actual, con instrucciones de formar un nuevo gobierno." *Excelsior*, 4 de febrero de 1947. Si este puede haber sido el tenor de los informes periodísticos sobre la misión de Lind, si se confiaba en que éste pudiera arreglar la elección de un gobierno constitucional, no se puede asegurar con exactitud el tono de ninguna comunicación oficial. A este respecto Nelson O'Shaughnessy informó que el ministro interino de Relaciones Exteriores fue complacido con una nota del Departamento de Estado, de 6 de agosto de 1913, ex-

plicativa de la misión de Lind. N. O'Shaughnessy a la Sección de Estado, 6 de agosto de 1913, *State Department Files*, 812.00/8255.

55 No hay ninguna prueba de que se haya enviado directamente un mensaje al presidente Wilson. Sin embargo, la siguiente comunicación se asemeja mucho al mensaje aludido por Urrutia; fue transmitido al Departamento de Estado por el encargado de Negocios norteamericano, Nelson O'Shaughnessy; "Por orden del presidente de la República y como secretario interino de Relaciones Exteriores, tengo el honor de informar a usted que el Sr. John Lind, quien, de acuerdo con la información en poder del gobierno mexicano, pronto llegará a esta capital como enviado de Su Excelencia el presidente de los Estados Unidos, no ha demostrado debidamente su carácter oficial o sea, si él no es el portador del reconocimiento de este gobierno por el suyo, su permanencia en esta República no será de nuestro agrado". Esta nota fechada el 6 de agosto 1913, fue firmada por Manuel Garza Aldape y dirigida al Encargado de Asuntos Norteamericanos N. O'Shaughnessy a la Sección de Estado 7 de agosto de 1913, *State Department Files*, 812.00/8573.

56 Lind llegó a la ciudad de México el 11 de agosto, un día después de que Federico Gamboa había tomado posesión como secretario de Relaciones Exteriores. El 14 Lind presentó formalmente las proposiciones del presidente Wilson para mediar en la situación mexicana. Gamboa buscó el reconocimiento o, como una alternativa, la abstención de los Estados Unidos en los asuntos de México. Arthur S. LINK, *Woodrow Wilson and the Progressive Era*, 1910-17 (New York, 1954), p. 114. Las pláticas continuaron varios días; Gamboa rechazó las proposiciones de Wilson (16 de agosto de 1913. *State Department Files*, 812.00/10627), sobre la base de que "México no podría ni por un momento considerar las cuatro condiciones". Esta es la única nota oficial proveniente del gobierno en esta época, y probablemente represente el mensaje de Gamboa a que se refiere Urrutia. En la serie de artículos de Oliverio Toro, Urrutia declara que él se opuso al mensaje de Gamboa por ser un documento literario y propuso que algunos de los conceptos fueran reemplazados por otros más "claros y tajantes". Huerta ordenó que el mensaje de Gamboa fuera enviado sin modificaciones porque sentía que el mensaje anterior, estudiado en la nota 54, había definido eficazmente la posición mexicana. En este primer relato el Dr. Urrutia no hace mención a un mensaje adicional. *Excelsior*, 8 de febrero de 1947. El 22 de agosto Lind prometió la ayuda del Departamento de Estado para obtener un préstamo, si Huerta aceptaba las proposiciones de Wilson. La respuesta de Gamboa, fechada el 26 de agosto, fue hecha después de que Lind había partido para Veracruz. Si bien repudiaba la intervención americana y rechazaba el préstamo ofrecido, Gamboa, en efecto, parece aceptar la demanda clave del presidente norteamericano, A. S. LINK, *Woodrow Wilson*, p. 115, O'Shaughnessy a la Sección de Estado, 22 de septiembre de 1913, *State Department Files*, 812.00/9069.

57 Urrutia hace el cargo de que el rechazo a la misión de Lind fue

“nuestra sentencia de muerte”. Asegura que la situación también produjo un cambio radical en Huerta: “Persuadido... de que su gobierno estaba destinado a desaparecer, sumiéndose en un profundo abatimiento, olvidado de todo, abandonó la Secretaría de Guerra. Las más ingenues cuestiones, que reclamaban inmediata resolución porque se relacionaban con la defensa nacional, dejó encomendadas a militares improvisados y, por consecuencia, incapaces de resolverlas... Yo [declaró el Dr. Urrutia] comprendía que todo era el resultado de un choque nervioso. Las celdillas cerebrales no estaban en condición de meditación. No existía programa. Todo era abulia.. La perspicacia, su acción patriótica y la energía combativa, que fueron las características de la vida del General Huerta, habían sido substituídas por una pasiva resistencia...” *Excélsior*, 8 de febrero de 1947.